

NECROLOGIA

DON ATAUFO ARGENTA

(† el 21 de enero de 1958)

POR

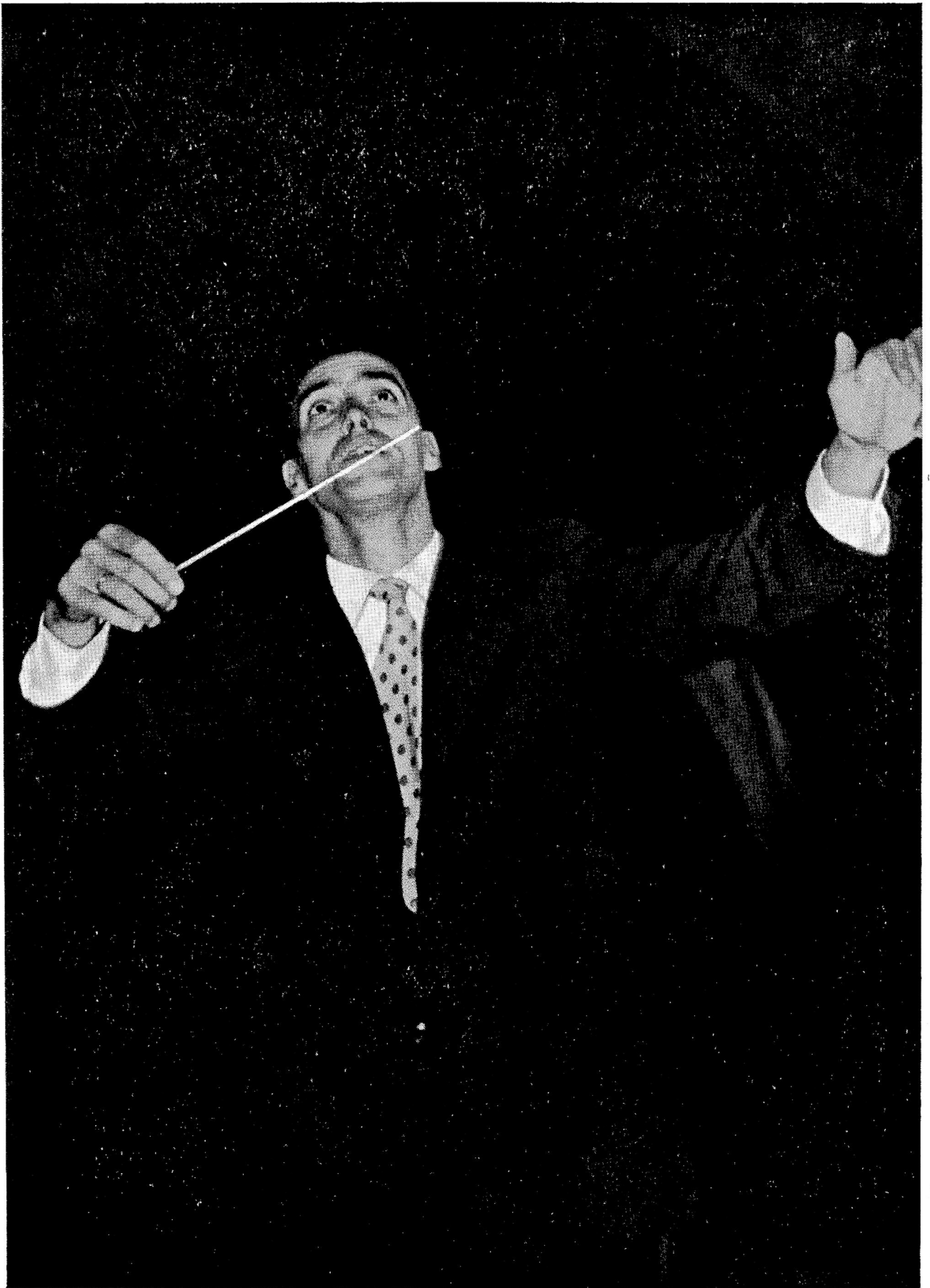
OSCAR ESPLA

11/11/11

11/11/11

11/11/11





D. ATAÚLFO ARGENTA.

ACABAN de cumplirse dos años, justamente, desde que España perdió a uno de sus más ilustres artistas, miembro de esta Real Academia: el maestro Pérez Casas. Y fui yo mismo quien pasó por el triste trance de improvisar la nota necrológica que recogiera el inmenso pesar de nuestra Sección de Música y de todos nosotros. Hoy, también en este mes de enero, que parece fatal para los músicos, me veo obligado a lo mismo por la desaparición de otro gran director de orquesta: Ataulfo Argenta.

Mis palabras, en estas líneas, van a salir atropelladas, con poco orden, no tan sólo por la falta de holgura y de medios personales para componerlas de manera digna de Argenta y de la Academia, sino, además, porque, como entonces, estoy demasiado cerca de la desgracia que las motiva y bajo una extraña conmoción de ideas muy difícil de precisar.

Venía yo del campo de Alicante, después de seis meses de un trabajo ímprobo para terminar la Sinfonía que Argenta, precisamente, debía estrenar en Bruselas el día 7 de febrero próximo, y llegaba a Madrid con la impaciencia de ponerme en seguida en contacto con mi intérprete y orientarle, si hacía falta, en el estudio de mi partitura. Al descender del tren, una de mis hijas que me esperaba en la estación, con las precauciones que pudo para amortiguar el golpe que yo iba a recibir, me comunicó la terrible noticia. Y junto a la dolorosa reacción por la ausencia definitiva del amigo y del intérprete, me invadió la funesta certidumbre de la catástrofe que para el arte nacional representa la pérdida de Ataulfo Argenta. Su muerte crea una serie de problemas de solución difícilísima. La Orquesta Nacional, excelente instrumento que puede hoy producirse al lado de las mejores orquestas de Europa, sin desmerecer, ha quedado desarbolada y con el peligro de desintegrarse, al menos moralmente, si no se da muy pronto con el director capaz de mantenerla al

nivel que había alcanzado bajo la batuta del hombre al que ahora llamamos todos. Ya puede imaginarse la presura del caso y su dramática arduidad.

Por otra parte, los músicos, en general, especialmente los compositores y más todavía aquellos que empiezan y no tienen aún renombre para estrenar sus obras en el extranjero, ven huir una posibilidad de difusión de sus composiciones por el mundo.

En efecto, Argenta ha sido el único director de orquesta español que haya logrado un reconocimiento internacional de su valía, el único, en nuestra historia, que haya conseguido un prestigio mundial fundado no tan sólo en sus dones innatos, sino también en la autoridad que, quiérase o no, emanaban de sus interpretaciones.

Y es singular el caso, porque Argenta parecía predestinado a ser pianista, a juzgar por su orientación inicial en la música y sus primeros estudios. Tal vez por esto se ha dicho —a mí mismo se me ha hablado así alguna vez— que Argenta era director de orquesta por casualidad, como si se quisiera significar que el azar hubiera cambiado las trazas vitales del artista. Pero la casualidad, en estos casos, no es sino el mecanismo oculto del destino por el que las cosas que existen virtualmente salen a la luz de lo real. Podría decirse asimismo que todos nosotros somos lo que somos por la *casualidad* de haberse realizado el matrimonio de nuestros padres.

Argenta fué director de orquesta, y gran director, porque había nacido para serlo. Hizo sus estudios musicales en el Conservatorio de Madrid. Tomó clases de violín con Julio Francés, de Armonía y composición con Conrado del Campo; pero, sobre todo, de piano con Fernández Alberdi, y perfeccionó luego sus estudios pianísticos, en Bélgica, con Du Chastain. También cursó allí Composición con Armand Marsick, buen profesor belga, que dirigió algún tiempo en España el Conservatorio de Bilbao. Obtuvo inmejorables calificaciones en sus estudios; ganó primeros premios en las clases de piano y de música de cámara, así como el

premio extraordinario "Nilsson". Hizo sus primeras actuaciones públicas como pianista, aunque ya dirigió la orquesta, por los años 34-35, en compañías de ópera, que a la sazón funcionaban en el Teatro Calderón de Madrid. Pero continuó dando conciertos de piano tanto en los teatros madrileños como en las Sociedades Filarmónicas y en las Culturales de provincias. Se trasladó a Alemania, invitado por el gobierno de este país, en el año 40, y después desempeñó la cátedra de piano en el Conservatorio de Cassel hasta el año 44. Durante este período realizó jiras por diversas ciudades alemanas, siempre como concertista de piano.

En el año 45, vuelto a España, fundó la Orquesta de Cámara y con ella se presentó al público, ya seriamente en funciones de director, en el Teatro Español. Actuó luego con dicha Orquesta en Radio Nacional de España.

Argenta hizo asimismo incursiones en el campo de la Composición. Escribió una "Rapsodia Montañesa" y "Danza del Quiche Vinack"; una zarzuela: "María de la Pena", que ha quedado sin estrenar; lieder para canto y piano y algunas obras corales.

Y he aquí la gran "casualidad" de que al crearse la Orquesta Nacional fuera designado para director adjunto de la misma. El titular lo era Pérez Casas, como se sabe, pero este gran maestro apenas dirigía en sus últimos años, y, prácticamente, fué siempre Argenta el director de nuestra magnífica Orquesta, que adquirió su madurez con él.

Ya en los primeros pasos de director, con la Orquesta de Cámara, los entendidos en el oficio pudieron darse cuenta de las aptitudes del joven maestro. Pero es a partir de su nuevo cargo, al frente de la Nacional, cuando la trayectoria de su carrera artística describe una subida insólita, como una flecha, hasta las nubes. ¿Cómo explicar esta ascensión vertiginosa a la admiración universal por una caprichosa casualidad? Claro que por casualidad ha sido sí, en efecto, como insinué antes, entendemos que al lado de las circunstancias señaladas, Argenta llevaba en su ser dotes excepcionales para llegar a donde ningún otro director

español había llegado, y todo ello con la alegre facilidad del que practica un juego deportivo.

Nosotros hemos tenido un maestro Arbós con una intuición nada común para captar los trazos generales, las líneas matrices de las obras que dirigía —hablo, naturalmente, del Arbós de sus mejores tiempos—. Sus realizaciones interpretativas parecían prescindir muchas veces de la claridad analítica, pero eran ofrecidas al público en síntesis interesantes, llenas de intensidad. Y de esto tenía fama Arbós en el extranjero. Pérez Casas, al contrario, gozaba de un espíritu analítico incomparable, y su Orquesta Filarmónica, que no tenía en conjunto la excelencia instrumental de la Sinfónica de Arbós, nos daba, sin embargo, versiones modelo de detalle, de transparencia sonora y de una exactitud que puede calificarse de casi matemática, con respecto a la médula intencional de las composiciones. En esto no ha sido nunca superado ni en España ni fuera de nuestro país. Su carácter retraído y la exagerada meticulosidad de sus exigencias particulares le privaron de alcanzar la nombradía general de que gozaba Arbós, siendo, no obstante, Pérez Casas, en potencia, un auténtico valor internacional.

En Ataulfo Argenta, sobre todo en estos últimos años de plenitud, parecían conjuntarse las dos tendencias con una reciprocidad generosa, y, además, con esa espontaneidad que es patrimonio exclusivo de los directores de raza y que sólo se ve en casos aislados entre los mejores.

Recuerdo a este propósito que, en Bruselas, mi compañero en el Jurado del Concurso Internacional de Composición “Reine Elisabeth”, el eminente y malogrado compositor Oboussier —que fué asesinado unos meses después en Zurich— me contaba su asombro, respecto al arte de Argenta, con estas palabras: “He asistido a un concierto de Argenta, en el que ha dirigido una Sinfonía de Brahms, y nos ha sorprendido a todos los músicos el hecho de que no obstante el cálido acento realista, genuinamente español, con el que nos ha presentado la obra, el espíritu de Brahms estaba intacto en lo hondo de la versión”. Y es que Argenta

disfrutaba de una soberbia personalidad, de una independencia que le permitía dejar escapar libremente sus impulsos nativos sin perjuicio de penetrarse del sentido íntimo, esencial, de las obras; cualidad que yo mismo, como autor, he podido comprobar cuando ha dirigido mis modestas composiciones, como he comprobado asimismo en él esa facultad discriminadora de lo que el compositor concibe como factores índices, fundamentales, de la forma y lo que crea, en función del color armónico u orquestal, como volumen sonoro complementario, para reforzar aquella misma estructura o bien la expresión total. Por eso, en sus versiones, en general, todo aparecía bien construido y equilibrado. Y algunas de estas aludidas versiones podrían registrarse en los anales de la dirección de orquesta como acontecimientos memorables; más aún teniendo en cuenta la juventud del músico y, por tanto, la ausencia de pruebas reiterativas, con las que la experiencia suple a veces en el arte a la intuición. Sólo esta última operaba en nuestro malogrado artista el milagro de sus aciertos.

No creáis que caigo, ni mucho menos, en la beata puerilidad de afirmar que el arte de Argenta fuera absolutamente perfecto. Aparte de que la perfección tiene un sentido muy relativo en este mundo, a la edad en que el maestro se nos ha ido no puede alcanzarse el grado supremo, el punto óptimo en la carrera de cada artista, porque es ineludible para ello pasar por ese tramo temporal en que las propias posibilidades —que en Argenta eran inmensas— crecen y se expansionan en sazón. A pesar de todo, la jerarquía del gran intérprete era ya altísima, eminente, y sus colegas más autorizados en la hora presente habían comenzado a considerarlo su igual. Podíamos, pues, esperar, lícitamente, que Argenta llegara a ser uno de esos casos únicos, como los que evocan los nombres de Furtwängler o de Toscanini.

No me explico, por consiguiente, la actitud de algún sector de la crítica española, que, en ocasiones, parecía resistirse a reconocerle méritos evidentes y justamente apreciados en todas partes, fuera de España. Y

es curioso el hecho de que fueran precisamente los rasgos que atañen a la libertad artística personal, libertad que en nuestro músico, como en todos los grandes maestros de la interpretación, se mostraba siempre encauzada por la intención expresiva de lo interpretado; es curioso, repito, que fueron esos aspectos de la personalidad los que, más de una vez, pasaron inadvertidos, sin duda por error de postura crítica para juzgar. Nadie es profeta en su tierra, decimos, y deberíamos añadir: "hasta que se va al otro mundo", pues es notable ahora la coincidencia de todos en la alabanza del director desaparecido.

Pues bien, coronando su calidad profesional, ya extraordinaria, poseía Argenta todavía una gracia rarísima, de una eficacia definitiva en el oficio y que no todos pueden lucir: esa especie de poder magnético sobre el auditorio y la orquesta a la vez, que subyuga el ánimo y obliga, con misteriosa unanimidad, a vivir las peripecias emotivas que dibuja en el aire la batuta y refleja el gesto del director.

Todo ha venido a segarle una muerte absurda en un hombre apenas entrado en madurez y cuya órbita artística estaba todavía lejos de cerrarse, aunque pasara ya por la más afortunada de las realidades. Porque Argenta, en medio del camino de su vida, al contrario que Dante, había salido de su selva oscura y marchaba por la vía luminosa de los éxitos triunfales, ganados a cuerpo limpio frente a los públicos más diversos, éxitos refrendados por la opinión de las personalidades cimeras de la música y la crítica mundiales.

Argenta, que no olvidaba lo que de su técnica le debía al gran Pérez Casas, le dijo a la viuda de este maestro que esperaba, para tomar posesión de su cargo de Académico, a que una vez cumplido el respeto de rigor al luto, dicha señora pudiera asistir al acto público de la recepción. Ha muerto sin ver realizada su esperanza. De todos modos, era ya uno de los nuestros; un hermano que se nos va en plena juventud, legándonos, sin embargo, el prestigio de su legítima gloria.

Descanse en paz el gran artista.